



En lugar de la carta habitual, Fr. Gerard Francisco Timoner III OP, desea compartir con la Familia Dominicana su homilía en la Solemnidad de nuestro Santo Padre Santo Domingo celebrada en la Basílica de San Domenico, Bolonia, donde nuestro fundador pasó los últimos días de su estancia terrenal.

6 de agosto de 2021

Prot. 50 / 21 / 368 Jubilee_2021

QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS,

Nos reunimos en torno a la mesa de la Eucaristía, la mesa de la comunión y de la acción de gracias, para dar gracias a Dios por el don de Santo Domingo de Caleruega, por la vida bienaventurada y la misión única que el Señor le otorgó.

Como ha escrito elocuentemente el Papa Francisco en su carta a la Orden en conmemoración del VIII centenario del nacimiento de Santo Domingo a la vida eterna, entre los títulos atribuidos a Santo Domingo destaca el de *Praedicator gratiae*, "predicador de la gracia", por su consonancia con el carisma y la misión de la Orden que fundó (PG 1).

Este es nuestro don a la Iglesia: la "gracia de la predicación" y la "predicación de la gracia", es decir, el anuncio de Dios, la Gracia Increada, que se entrega a la humanidad. Al cultivar y compartir este carisma y misión, Domingo se convirtió en Luz de la Iglesia (*Lumen Ecclesiae*) y Maestro de la Verdad (*Doctor Veritatis*). Se encuentra entre aquellos a los que Isaías alaba: "¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia!" (Isaías 52:7). De hecho, dedicó toda su vida a la predicación del Evangelio, "ya sea conveniente o inconveniente, enseñando constantemente y sin perder nunca la paciencia" (2 Timoteo 4:2).

Hace muchos años, participé en una reunión de hermanos y hermanas en formación inicial de diferentes congregaciones religiosas. Me presenté con orgullo como dominico. En broma, uno de los participantes respondió: "¿Dominico? Tú eres medieval". Respondí con una sonrisa: "¡No somos medievales, somos clásicos!".

Un "clásico" es algo a la vez *actual* y *atemporal*. Santo Domingo abrazó una misión que es actual, porque vio un mundo que necesitaba urgentemente una *nueva evangelización*. Sin embargo, la misma misión es verdaderamente atemporal, porque cada generación necesita una nueva evangelización, es decir, la predicación de Dios que es *siempre antigua*, pero *siempre nueva*. Es actual porque ofreció una respuesta pertinente a una situación concreta, pero también es atemporal porque se ha convertido en un acontecimiento que trasciende su realización y siempre tiene sentido en cada momento de la historia.

"*Hablando con Dios o de Dios*", Santo Domingo encarnó una sinergia de contemplación y acción, convirtiéndose en ejemplo por excelencia de discípulo-misionero, llamado a seguir el Camino y enviado a predicar el Evangelio. De hecho, Santo Domingo tiene "algo que decir" a todos los tiempos y lugares porque el Evangelio que formó y transformó su vida es clásico. Medieval

pero contemporáneo, *antiguo pero siempre nuevo* - así es Santo Domingo - ¡verdaderamente clásico!

Exactamente trescientos años después de la muerte de Santo Domingo, Ignacio de Loyola leyó las biografías de San Francisco y Santo Domingo y experimentó la gracia de la conversión. Si Domingo inspiró a un hombre que vivió cientos de años después de él para convertirse en santo, entonces Domingo puede ser una fuente de inspiración para todos nosotros, incluso y especialmente hoy. (Fray Massimo Fusarelli OFM, nuevo Ministro general de la OFM, concelebra con nosotros en esta celebración eucarística. Así, podemos decir que "Francisco" visitó "Domingo" hoy aquí en Bolonia.)

¿Qué tiene que decirnos Santo Domingo a nosotros, a la Iglesia, al mundo, mientras nos enfrentamos a los problemas de la indiferencia, el clericalismo, las divisiones, las falsas noticias, la desesperanza?

En un tiempo marcado por la **indiferencia**, especialmente hacia el otro que sufre, Domingo predicó la *miserecordia veritatis*, la misericordia de la verdad. Recordamos que mientras era estudiante en Palencia, Domingo se encontraba en la frontera entre la vida y la muerte: se sintió movido por la compasión hacia aquellos que estaban sufriendo y muriendo durante una severa hambruna, así que vendió sus preciosos libros y "estableció un lugar donde se repartían limosnas y los pobres pudieran ser alimentados"... su bondad ejemplar inspiró a otros a hacer lo mismo. Y así, con un corazón compasivo, Domingo predicó la *miserecordia veritatis*, la misericordia de la verdad perfectamente manifestada en Cristo, *miserecordiæ Vultus*, "rostro de la misericordia del Padre". La misericordia es el amor que busca aliviar el dolor del otro. Como nos recordó una vez el Papa Benedicto: **"el mayor acto de caridad es la evangelización...** No hay acción más benéfica -y por tanto más caritativa- hacia el prójimo que partir el pan de la palabra de Dios, compartir con él la Buena Noticia del Evangelio, introducirlo en una relación con Dios".

En una época en la que el **clericalismo** parecía oscurecer el significado evangélico de la *diakonía* como imitación de Jesús que vino "a servir y no a ser servido", Domingo fundamentó la *diakonía* de la predicación en la comunión fraterna. El carisma de la predicación que recibió impulsó a Domingo a recordar a la Iglesia su misión universal de predicar el Evangelio, que la predicación es una misión, no de unos pocos elegidos, sino de todos los miembros de la Iglesia. Es un carisma compartido por todos los miembros de la familia dominicana: frailes (clérigos y cooperadores), monjas, hermanas apostólicas, fraternidad sacerdotal y laicos dominicos, todos los estados de vida de la Iglesia. Así, Domingo, que predicó *verbis et exemplo*, abrió la posibilidad de que la vida y el testimonio multiforme de los discípulos-misioneros y sus variadas obras, como los escritos de Catalina de Siena, las pinturas de Fra Angelico, el servicio amoroso a los demás de Rosa de Lima, Juan Macías, Margarita de Città di Castello, Pier Giorgio Frassati, y tantos otros, fueran considerados como formas importantes de predicación del Evangelio. Como dijo un sabio hermano cooperador: *No somos una Orden de homiletas, sino una Orden de predicadores!*

En una época en la que la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, estaba herida por las **divisiones y la discordia**, Domingo imaginó una forma de gobierno comunitaria que promueve la inclusión y la participación en el discernimiento y la toma de decisiones. Los Capítulos, en los varios niveles, proporcionan un espacio para conversar con los hermanos y confrontar los desafíos a los que se enfrentan, para buscar el consenso en asuntos que dividen, para discernir las mejores formas posibles de servir a la misión de la Orden en un momento y lugar particular, y lo más importante, para la escucha y el aprendizaje mutuo, como hermanos. El Papa

Francisco afirmó que "este proceso "sinodal" permitió a la Orden adaptar su vida y misión a los cambiantes contextos históricos, manteniendo la comunión fraterna" (PG, 6).

En una época en la que el **error y las noticias falsas** (*fake news*) sembraban la confusión y engañaban a muchos, Domingo envió a sus hermanos a las universidades emergentes de Europa. Sabía de la importancia de una sólida formación teológica basada en la Sagrada Escritura y atenta a las cuestiones que plantean los tiempos. Esta convicción condujo a la generación sucesiva de hermanos a la frontera en la que la fe se encuentra con la razón como compañeras de camino hacia la verdad. Nuestros hermanos Tomás de Aquino y Alberto Magno se situaron en dicha frontera, encontraron la confianza en la armonía y produjeron una abundante cosecha para el patrimonio filosófico y teológico de la Iglesia. La misión intelectual de la Orden y su misión de predicar la Veritas es un antídoto importante contra otra peligrosa pandemia: las noticias falsas, las medias verdades, que de hecho son medias mentiras.

En estos tiempos difíciles en los que la gente parece estar **perdida en la desesperación**, Santo Domingo nos ofrece *spem miram*, ¡una maravillosa esperanza! Nuestro canto de esperanza conmemora el momento, hace ochocientos años aquí en Bolonia, cuando Domingo pasó de este mundo, un momento en el que los hermanos tenían lágrimas en los ojos --- *O spem miram quam dedisti mortis hora te flentibus*. Domingo despertó la esperanza en sus corazones porque prometió seguir siendo útil a los hermanos y hermanas, juró interceder por nosotros y, por lo tanto, permanecer con nosotros por sus oraciones. Pero esto es sólo una parte de la historia. La presencia de los hermanos orantes en la hora de su muerte también debió dar esperanza a Domingo. En ese momento final de la finitud humana, Domingo no estaba solo. **La presencia de los hermanos y la presencia prometida de Domingo más allá de la muerte les dio esperanza y consuelo**. En última instancia, la esperanza se basa en la certeza de que Dios nunca nos abandonará. La esperanza es la seguridad de que Dios permanece en los "misterios de la alegría, el dolor, la gloria y la luz" de nuestras vidas. La esperanza es Cristo en nosotros (1 Col. 27).

¡*Oh Spem Miram!* Domingo prometió audazmente sernos útil porque tenía la gran esperanza de estar más cerca de Cristo, en la comunión de los bienaventurados.

Hace cinco años, el Papa Francisco visitó a Santo Domingo aquí en Bolonia. En su carta a la Orden, dijo: Recé de manera especial por la Orden de Predicadores, implorando para sus miembros la gracia de la perseverancia en la fidelidad a su carisma fundacional y a la espléndida tradición de la que son herederos. Al agradecer al santo todo el bien que sus hijos e hijas realizan en la Iglesia, pedí, como don particular, un aumento considerable de las vocaciones sacerdotales y religiosas.

Del mismo modo, deseo ofrecer mi oración por la familia dominicana aquí en Bolonia y en todo el mundo:

Señor, Dios nuestro, creador del mundo, dador de vida.
Hace ochocientos años,
te complació recibir a Santo Domingo en la eternidad,
y establecer la Santa Predicación en todo el mundo.
¡*Oh Spem miram!* TÚ, OH SEÑOR, eres la maravillosa ESPERANZA
prometida por Domingo, como nuestra constante Compañera,
en el santo esfuerzo de difundir y hacer crecer Tu PALABRA,
sobre las tierras, a través del mar, más allá de los horizontes de nuestra visión.

Al celebrar el Jubileo

del *dies natalis* de Santo Domingo a la vida eterna
alimentarnos y llénanos con una doble porción del ESPÍRITU
para que podamos experimentar un nuevo Pentecostés -
una proclamación renovada de los "actos poderosos de Dios"
y un compromiso reavivado con nuestra misión
para la "salvación de las almas".

Bendice a nuestros hermanos y hermanas
y a toda la Familia Dominicana
con salud, felicidad y santidad.
Condúcelos a servir siempre a tu pueblo.
Reúnelos a todos contigo,
en alabanza y agradecimiento eterno.
Por la súplica de María;
en nombre de Jesús. Amén.


fray Gerard Francisco Timoner III, OP
Maestro de la Orden